



Brigitte EN ACCION

**Lou
Carrigan**



Un espía en el cerebro

Brigitte Montfort, agente Baby de la CIA, sufre un tremendo dolor de cabeza y un desmayo, que la obliga a ir al médico, el cual le asegura que no tiene nada.

Cuando llega a su casa, la está esperando Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, y le cuenta que ha recibido un mensaje en el que parece que le leen los pensamientos.

En ese momento, Brigitte recibe también un mensaje que le demuestra inequívocamente que alguien lee sus pensamientos también.

Menos mal que Número Uno se encuentra en Nueva York haciéndole una visita y podrá echar una mano en este peliagudo asunto.

Preludio

La imagen apareció en la pequeña pantalla colgada en una pared de la sala.

Una imagen que valía la pena de ser contemplada largamente.

Una imagen de mujer.

Lo que más destacaba en ella, en su rostro, eran los ojos. Grandes, azules, bellísimos, rebosantes de inteligencia, dulces y de mirada franca, directa. Sus cabellos eran largos, negros, suavemente ondulados. Su tez parecía de oro o de sol. La boquita era sonrosada, perfectamente visible en la gran proyección a todo color; el labio superior se alzaba un poquito por el centro, formando una muequecita deliciosa, de niña buena, amable, cariñosa. Y en la barbilla tenía un hoyuelo vertical, que confería un encanto especial, quizá un tanto pícaro, malicioso, a todo el rostro.

Un rostro que sólo podía definirse, en fin, como divino.

Aparecieron varias fotografías más de la misma muchacha: paseando por la calle, saliendo de una tienda de modas, saliendo de un edificio de apartamentos de lujo, apeándose de un taxi... Luego, reapareció la gran imagen del rostro dulcísimo, divino.

—Bien —dijo una voz un tanto cascada, de anciano—, esto es todo, lo último. Ya saben el resto, lo que tienen que hacer.

—Es preciosa —se oyó otra voz en la oscuridad de la sala.

—¡Eso no tiene la menor importancia! —se agrió la voz cascada de anciano—. ¡Lo que importa es que ella ha regresado de una de sus misiones para la CIA, que ha vuelto a Nueva York, y que la tenemos, por fin, todo preparado, a nuestro alcance! ¡Eso es lo único que importa!

—Sí, señor, pero es que... parece tan angelical...

—¡Es una fiera! —se alzó aún más la voz cascada—. ¡Es una maldita fiera! ¡Y ustedes van a ir por ella, harán todo lo que se les ha explicado! Y no confíen en ella, si los ve y se les acerca... ¡No cometan ese error! Si ella los ve, y va hacia ustedes, huyan... ¡Huyan inmediatamente, ya encontraremos más oportunidades! Vayan con todo cuidado... No lo olviden, no se fíen de ella, de su aspecto angelical, de su sonrisa... No olviden que ella es Brigitte Montfort, la agente Baby de la CIA... ¡Vayan por ella!

Capítulo Primero

Miky Grogan, director del periódico neoyorquino *Morning News*, contemplaba, estupefacto, a la señorita Brigitte Montfort, Premio Pulitzer de periodismo, a la cual tenía el orgullo profesional y la grandísima satisfacción personal de contar en su nómina.

Pero no era esto lo que tenía estupefacto a Miky Grogan, porque él hacía ya muchos años que conocía a Brigitte, y empezaba a acostumbrarse a su belleza.

Lo que tenía estupefacto a Grogan era la petición de la divinísima periodista.

—Lo oigo y no lo creo —murmuró, por fin, Miky Grogan—. ¿Ha venido usted a pedirme permiso para no venir a trabajar esta noche en el periódico?

—En realidad —sonrió Brigitte, de pie ante él—, se trata de que usted sepa que no vendré, Miky.

—Ah... Ah, ah, ah... ¡Eso es otra cosa! ¡Usted no ha venido a pedirme permiso para no venir a trabajar, sino a *notificarme que usted ha decidido no venir a trabajar esta noche!* ¿Correcto?

—Zambomba —frunció el ceño Brigitte—, no creo que deba tomárselo así, Miky.

—¡Rezambomba, digo yo! Se ha pasado usted la vida haciendo lo que le da la gana, y ahora viene a pedirme permiso para hacer algo que lleva haciendo yo qué sé cuántos años: lo que le da la gana. Pero, en fin, querida mía, su amabilidad de esta noche me conmueve, así que permiso concedido... ¡A ver quién dice que no! —Miky Grogan son-

rió con paternal afecto—. De todos modos, sería divertido negarle algo a la espía más peligrosa del mundo...

—No debe tomárselo así —insistió Brigitte—. Si usted cree que mi presencia en el periódico es imprescindible esta noche, pues... me quedaré.

—¡Requetezambomba! —exclamó Grogan—. Oiga, ¿qué le pasa? Se está usted portando esta noche como un angelito, parece una niña modosa y tímida, complaciente, cariñosa...

—A propósito, Miky: ¿tomó ya sus pastillas para la tensión arterial?

—Pues no, pero...

—Le traeré agua —dijo Brigitte.

Fue al gran depósito de cristal, tomó un vaso de papel, lo llenó de agua, y lo llevó a Grogan, que estaba petrificado por el asombro. Reaccionó cuando Brigitte dejó el vaso ante él; abrió uno de los cajones de la mesa escritorio, sacó el tubo de pastillas, extrajo una, y se la tiró a la boca, con gesto maquinal... Un corto trago de agua empujó la pastilla hacia el estómago...

—Eso es —sonrió Brigitte—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Sí, hijita, si... ¡Ya lo creo! Dígame: ¿adónde va usted esta noche, tan... tan... exquisitamente dulce?

—Voy al teatro.

—Ah... ¿Sola?

—No, no. Voy con él.

—¿Con quién? ¿Con Frankie Minello, con ese pedazo de...?

—Miky: sólo hay un hombre en el mundo a quien yo defina simplemente como él.

Miky Grogan casi respingó.

—¿Está Número Uno en Nueva York? —casi gritó también.

—Sí —sonrió Brigitte luminosamente—, está aquí, ha venido a pasar unos días.

—Vaya, vaya, vaya... ¡Ahora lo comprendo todo! Además, no soy demasiado listo, porque debí comprender desde el principio que él estaba aquí, en Nueva York.

—¿Cómo podía comprenderlo? —se sorprendió Brigitte.

—Pues, hijita, porque cada vez que ese hombre anda por estos contornos, usted se convierte en una muchachita de lo más deliciosamente encantadora y tratable.

Brigitte Montfort, la espía más peligrosa e implacable del mundo, sonrió como una niña, espontáneamente, dulcemente.

—Miky —dijo—: si usted consigue que él se quede para siempre en Nueva York, me convertiré en su esclava.

Miky Grogan volvió a sonreír paternalmente.

—Ninguna esclava puede tener dos amos, querida niña. Yo no serviría para tener esclavas, por otro lado. Santo cielo, me gustaría saber cómo consigue ese hombre suavizarla a usted hasta estos extremos... ¿Cómo lo hace?, ¿cómo lo consigue...?

Brigitte *Baby* Montfort parpadeó.

—No hace nada —murmuró.

—Impresionante sujeto... ¿Dónde está ahora? Podía haber entrado con usted, ¿no?

—Está dando vueltas con el coche por delante del edificio. Es imposible estacionarse.

—Ya... Bien, de acuerdo, vayan al teatro y diviértanse... No haga esperar más a Número Uno, por si se enfada. Ese hombre...

—¿Enfadarse? —quedó atónita Brigitte—. ¿Quién? ¿Él?

—Sí, claro... No es agradable estar dando vueltas a la manzana, con este maldito tráfico.

—A Número Uno le tiene eso sin cuidado, Miky. Y, además, él no se enfada jamás conmigo. Si le digo que tengo que quedarme en el periódico, por ejemplo, dirá que «muy bien», y eso sería todo.

—Desde luego que es un tipo raro. Un hombre...

La puerta del despacho de Miky Grogan se abrió, de pronto, con tal brío, con tal impulso, que fue a dar contra la pared en el lado de los goznes, haciendo temblar todo el despacho, y, especialmente, el cristal translúcido en el que ponía: «Miky Grogan - Director», que estuvo a punto de saltar en pedazos..., igual que Miky Grogan, que se puso en pie de un salto, desorbitados los ojos, llevándose una mano al pecho, sobre el corazón, mientras Frank Minello entraba como un búfalo, excitadísimo, aullando:

¡Jefe, me han dicho...! ¡Ah, es verdad! —exclamó al ver a Brigitte—. ¡Estás aquí! Madre mía, ¡ya lo creo que estás! ¡Y cómo estás...! ¡Zambomba, rezambomba, requetezambomba y requetecontrazambomba...! ¡Cómo estás, Diosa de los Amores de...! Jefe: ¿qué le pasa? Está pálido, demudado, parece que se le vayan a caer los ojos sobre la mesa..., ¡y hasta está temblando!

Miky Grogan intentó decir algo, pero no pudo hablar. Brigitte miró, irritada, a Frankie Minello, su mejor amigo indiscutible.

—Frankie —refunfuñó—: ¿nunca aprenderás a entrar como es debido? Se llama a la puerta, pom-pom, y se pregunta: «¿Se puede?». Y si te dan permiso, empujas suavemente la puerta y entras. Mira al pobre Miky: ¡está al borde del colapso, por tu culpa!

—Lo... lo... lo siento... Bueno, yo... Es que venía tan excitado... Pregunté por ti ahí fuera, y me dijeron que estabas aquí. ¡Jamás adivinarías a quién acabo de ver!

—¿Dónde?

—En la calle, en un coche que ha pasado por delante del edificio... Pero no. Debo estar equivocado, claro...

—Me tengo que ir —sonrió Brigitte—, así que otro día continuaremos con el juego, Frankie. Es que Número Uno me está esperando en un coche, dando vueltas al edificio, ¿sabes? Adiós, Miky. Ciao, Frankie.

Salió del despacho, con el aire de una reina que abandona la sala del trono. Frank Minello se había quedado bo-

quiabierto, petrificado... Tardó bastante en reaccionar, volviéndose hacia Grogan, que estaba tomando de la mesa un sólido y gigantesco abrecartas.

—Jefe, ese sujeto... ¿Qué hace con ese abrecartas? ¿Por qué me mira así? Jefe... ¿Qué pretende, jefe? ¡No!

—Grogan estaba rodeando la mesa, mirándolo con expresión asesina.

—¡Jefe, que ese chisme no corta, pero chincha...! ¡Adiós, jefe!

Salió corriendo del despacho como si estuviese en una pista de atletismo, y en pocos segundos alcanzó a Brigitte en el amplio pasillo.

—Zambomba —jadeó—, ¡quería matarme!

—Algún día lo hará —aceptó Brigitte—. Y ese día, yo sería testigo ante un jurado.

—¡Lo acusarías! ¡Je, je, lo condenarían a muerte...!

—No creo. Yo sería testigo..., pero de descargo, Frankie. Demostraría que tu asesinato había estado justificado. ¡Vaya si lo demostraría!

—¿Eso harías? —se entristeció Minello—. ¿Protegerías a mi asesino?

—Estoy intentando hacerte comprender que cualquier día tú matarás a Miky de un sobresalto. Pero hombre..., ¿no comprendes que ya empieza a estar viejecito, que necesita paz, suavidad...?

La cabina acababa de detenerse ante ellos, y Minello apresuróse a abrir la puerta. Ya los dos en el ascensor, pulsó el botón de la planta, refunfuñando.

—¿Qué refunfuñas? —lo miró Brigitte.

—¡Tengo ordenado que siempre que tú tomes el ascensor esté lleno de flores, y de música celestial! ¡Le voy a machacar la cabeza a ese botones que el demonio...!

—Frankie, Frankie...

—Je, je... Quería decir que le recordaré amablemente al querido muchacho que ponga flores para ti siempre. Sí, eso quería decir... ¿De verdad he visto a ese sujeto?

—¿A Número Uno?

—Sí, sí, a ese sujeto...

—Lo has visto.

—¡Qué mala noche tengo! ¿Y adónde vais?

—Al teatro.

—¡Qué tontería! Precisamente hay una estupenda velada de boxeo en... No. No te interesa, ¿verdad?

—Me interesa todo, pero esta noche voy al teatro con Uno.

—Pues yo había pensado llevarte al boxeo.

—Díselo a él: quizá no le importe prescindir de mi compañía para darte gusto, Frankie.

—Oye, que nadie puede ser tan loco..., ni tan raro. ¿Crees que ni tan siquiera me escucharía?

—Por supuesto que sí: Uno es muy cortés y amable.

—¡Amable! ¡Un tipo con esa musculatura tan engañosa, que parece que no tiene ni pellejo, y luego resulta que es todo como una lámina de acero que...!

—Cualquiera que te oyese pensaría que Uno es una especie de monstruo...

—¡Y lo es! ¡Solamente un monstruo podría haber conseguido tu amor! ¡El muy maldito monstruo...! Bueno: ¿y qué tendría de malo que te vinieras conmigo al boxeo? ¿Eh? ¿Qué tendría de malo?

—Nada. Ya te he dicho que se lo preguntes a él. A mí lo mismo me da, porque puedo ir mañana al teatro.

—Sois muy raros —reflexionó Minello—. ¡Sois muy raros los dos, Brigitte!

Minello tiró de la gran puerta de cristal, y se apartó haciendo una reverencia. Brigitte salió al gran vestíbulo exterior, de suelo de mármol rojo, y miró hacia el borde de la acera.

—Debe estar dando la vuelta —dijo—. No tardará.

—Pues ojalá tarde mil siglos. ¿Me das un beso?

—¿Para qué?

Minello señaló a su alrededor.

—Observa qué bien iluminado está esto: todo el mundo nos vería, y yo tendría testigos. Sí, señor, tendría tantos testigos, que ese sujeto tendría que admitir que me habías besado. Y entonces, quizá te abandonase, y yo te recibiría con los brazos abiertos, encantado de la vida, y seríamos felices, y...

—Frankie, ya soy feliz. Y, además, a Uno no le importaría que te besase. Ya sabe que te quiero.

—¡Pues maldita sea, no hay derecho a que ese sujeto sea tan comprensivo contigo, y que tú le quieras tanto, y que...! Brigitte... ¿Qué te pasa? ¡Brigitte!

El último grito lo lanzó Minello ya pálido como un muerto..., mientras Brigitte, que se había llevado una mano a la cabeza mientras sus facciones se crispaban en una horrible mueca de dolor, se tambaleaba, gemía lastimeramente, y caía hacia delante...

—Santo Dios —tartamudeó—. ¡Brigitte, Brigitte! ¿Qué te pasa? ¡BRIGITTTEEEEE...!

Era como tener un cadáver en los brazos. Un cadáver cuya palidez, ciertamente, no era superior a la de Frank Minello, que parecía a punto de desmayarse también. Algunas personas se habían vuelto a mirarlos, y de dentro del *Morning News* salió el conserje y dos botones, seguidos por algunos periodistas compañeros de Minello y de Brigitte..., mientras, junto al bordillo, un «Cadillac» se detenía con seco frenazo, y un hombre vestido de esmoquin parecía salir disparado de su interior...

Un gigante atlético, delgado, pero de hombros sorprendentemente anchos, manos grandes bronceadas por el sol, como su rostro, que parecía de piedra, con otras dos piedras negras, impresionantes, que podían definirse como ojos. Llegó en unas zancadas junto a Frank Minello, y éste respingó al ver la recia barbilla, la boca que parecía un corte en una roca.

—No..., no sé lo que le pasa —tartamudeó, a punto de llorar—. Estábamos charlando... Señor Uno, le juro que no

tengo la culpa, no he hecho...

—Está bien, Frankie —dijo con absoluta serenidad Número Uno—. No se ponga nervioso, muchacho. Démela.

—Sí... Sí, señor, sí... Yo... yo-yo lo... lo siento, pero no... no se lo que he podido decirle para...

Número Uno no le escuchaba, en realidad Había examinado velozmente la parte frontal del cuerpo de Brigitte, y se tranquilizó él también al no ver herida alguna de bala en el pecho u otra parte.

Y de pronto, cuando Número Uno se disponía a depositar a Brigitte, en uno de los grupos de sillones sin brazos de la sala de espera, ella abrió los ojos, el color volvió a su rostro, súbitamente sereno, dulce, tranquilo pero que enseguida mostró una gran sorpresa.

—¿Qué...? ¡Uno!

El mejor espía masculino de todos los tiempos se irguió, frunció el ceño, todavía con Brigitte en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí... Claro. ¿Qué pasa? —a su alrededor vio los rostros conocidos de sus compañeros del *Morning News* mirándola asustados, y se mordió los labios—. ¿Qué ha pasado?

—Al parecer, te has desmayado.

—Qué tontería... Estoy muy bien, de veras. Sólo...

—¿No quiere que llamemos al médico, señorita Montfort? ¿De veras que está bien?

—De veras, Sammy. Estoy bien, no os preocupéis. Por favor, volved a vuestro trabajo, no ha sido nada...

—Pe-pe-pero, ¿qué... qué te ha pasado? —gimió Mine-llo—. Estábamos tan tranquilos charlando y... y de pronto, pa-pareció que... que caías como... como si estuvieras muerta...

—Estoy bien —insistió Brigitte—. Ah, mi amor, Frankie quería llevarme al boxeo. Le he dicho que tú decidirías, porque la velada de boxeo no se repetirá, y en cambio al

teatro podemos ir cualquier otro día. La obra tiene tanto éxito, que durará en cartel Dios sabe...

—Iremos a casa —dijo Número Uno.

—¡Pero si estoy bien!

Número Uno miró a Minello.

—¿Qué dice usted, Frankie? ¿A casa o al boxeo?

—A casa... ¡A casa inmediatamente! ¡Y le diré al médico que vaya a...!

—¡Tú no le dirás nada a ningún médico! —exclamó Brigitte—. ¡Y vamos a ir o al teatro o al box...!

—No seas niña —murmuró Número Uno—: iremos a casa. Aunque lo del médico puede esperar a mañana, supongo. ¿De acuerdo?

—Sí, mi amor.

Número Uno asintió con la cabeza, la tomó del brazo, y se dirigieron hacia la puerta, que el empleado abrió. Estaban a punto de salir los dos cuando Uno se volvió, mirando a Minello, que parecía clavado en el suelo, mirándolos tristemente.

—¿No viene, Frankie? —preguntó Uno, sorprendido.

—¿Yo?

—¿Quién, si no?

—Bu-bueno, como... como está usted... Yo pensé que no... que no quería que... que yo...

—No diga tonterías —cortó Uno—. ¿Viene o no viene?

—Sí, señor —se iluminó el rostro de Frankie—. ¡Ya lo creo que voy con ustedes, sí, señor!

Se reunió con ellos, radiante de alegría. Brigitte dijo, sonriendo:

—Vas a perder la velada de boxeo, al parecer.

—¡Al demonio todas las veladas de boxeo del mundo! ¡Vaya una estupidez, sabiendo que quizá tú no estás bien, y que...! ¡Al demonio el boxeo!

Número Uno miró a Frankie, y éste le pareció que había un extraño destello de calor en el fondo de los negríssimos ojos, cuando el espía dijo, sonriendo a medias:

—Y al demonio el teatro, Frankie... ¿Verdad?

—Sí, señor... Al demonio todo..., menos Brigitte.

Capítulo II

Pero, naturalmente, Brigitte resolvió el problema. Minello era el jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*, y aquella noche, su obligación profesional era ineludible: asistir a la velada de boxeo para informar de ella a los lectores del periódico, en la edición de la mañana.

Problema simple, por otra parte: la televisión. Peggy, la fiel doncella de la superespía internacional, llevó a la terraza el televisor portátil, de quince pulgadas, y ya está. Allí, en la formidable terraza, que incluso tenía una pequeña piscina, palmeras enanas y flores, los tres se acomodaron, tomaron unos bocadillos, y, como una muestra más de afecto hacia el buen Frankie, bebieron nada menos que cerveza, directamente de la lata. En realidad, lo que ocurrió fue que pasaron una velada estupenda, hasta el punto de que incluso Número Uno, que siempre era serio como una piedra, rió algunas de las ocurrencias de Minello.

—Ese *Lion O'Malley* tiene de león lo mismo que yo de enanito de Blancanieves —refunfuñaba—. ¡Mírenlo, mírenlo..., parece más bien una grulla! ¡Pero será zopenco, el tío...! ¡Animal, esconde la tripa, que te la van a dejar hecha un pastel! ¡Ahí va, cómo le están zumbando! ¡Más valdría que fueses al gimnasio, so cretino, en lugar de ir a tomar copas al Sando's todas las noches! ¡Dale con la derecha, idiota, con la derecha...!

Brigitte reía como nunca, y Peggy, que se había sentado en la entrada a la terraza, estaba inundada de lágrimas..., de risa. En cuanto a Número Uno, la media docena de son-